

MARÍA MÉNDEZ PEÑA (*)

LOS AZOTES DE SANCHO PANZA
BREVE ENSAYO DE ANTROPOLOGÍA SOCIAL

(*) Socióloga, profesora titular del Centro de Investigaciones Humanas, HUMANIC, ULA, Mérida, Venezuela. Correo marmend@ula.ve

LOS AZOTES DE SANCHO PANZA
BREVE ENSAYO DE ANROPOLOGÍA SOCIAL

María Méndez Peña

DEDICATORIA

Al maestro José Manuel Briceño (el) Guerrero.
Buscando en los textos clásicos
lo bello y lo corrosivo.

Ante la orden del mago Merlín, Sancho responde: *¡Válete el diablo por modo de desencantar! ¡Yo no se qué tienen que ver mis posas con los encantos!* (II, XXXV). La orden lleva a imaginar que Dulcinea abandonará la figura de una rústica y hedionda labradora y recobrará su estado primo cual hermosa doncella sólo a condición que Sancho se dé una tanda de azotes. Para desencantar sólo valen los azotes. Son necesarios y suficientes tres mil trescientos.

La curiosa juntura dinámica entre ambos asuntos, azotes y desencanto, uno apegado al mundo ideal y de encantamientos de don Quijote, el otro tan sensible y cercano a Sancho Panza ha motivado nuestro gusto e interés por escribir estas páginas luego de la última relectura de la obra de Miguel de Cervantes¹.

No hay dos lectores que den la impresión de haber leído el *mismo* Quijote y hasta los críticos más serios aun no terminan de escarbar en sus fundamentos. En cambio, si es lugar común pegar a Sancho rasgos tales como prosaico, grotesco, vulgar o grosero. Esta caracterización así como cualquiera otra respecto a don Quijote en mucho depende del propósito y marco del análisis empleado; de los capítulos o las aventuras que centran el examen; de la perspectiva acerca del objeto o sujeto en cuestión, y sobre todo del gusto e interés del lector, su lengua y cultura, etc. El calidoscopio del mirador solitario no ha dejado ni dejará de moverse.

Admitimos que la libertad, simplicidad y dignidad de la vida humana no habían alcanzado tantas formas bellas hasta que Cervantes las recreó². Suponemos para las humanidades y las ciencias sociales que todas las hipótesis teóricas imaginables acerca de la condición humana han sido esbozadas en los textos de los creadores clásicos de la cultura occidental.

Azotes y encantamiento son términos densos que atraen nuestra atención en el intento de examinar el problema de las realidades múltiples en el juego del mundo donde don Quijote y Sancho Panza aparecen inmersos. La relación entre ellos constituye el nudo y la grandeza del libro y se puede seguir en el tono y brío de sus conversaciones. Mientras andan y platican amplían el ámbito de sus pensamientos. Uno para el otro son interlocutores ejemplares, inseparables. Cambian y evolucionan al escucharse mutuamente aunque el ideal y la realidad son

demasiado fuertes en cada uno dando brillo y contraste a una relación signada por la libertad y la amistad.

Para Sancho el asunto de los azotes moviliza e involucra todo su mundo cotidiano, cuerpo y sentidos. En cambio para don Quijote, el desencantamiento de Dulcinea representa su más alto ideal, esperanza amorosa y apreciado logro caballeresco. La alegría pertenece a Sancho tanto como la vitalidad a don Quijote. Los une la común participación en ese mundo de juegos y un profundo afecto mutuo de manera que el valor de la amistad consigue luces y cimas hasta ahora inalcanzables en la literatura.

El envés de ese juego con dosis de seriedad, cierta ironía y muchísimo humor es manejado por Cervantes. *Paciencia y barajar...* anota en varios momentos y pasajes. La frase exhorta a quien en el juego va perdiendo; hoy se ha vuelto extensiva a todos los desafortunados ante las adversidades de la vida. Repetidas veces Cervantes plantea envites serios al lector. Cada capítulo, cada aventura es una ronda con nuevos dados y cartas y siendo un maestro, él apuesta por la casa, la morada del hombre con sus cimientos en el lenguaje, humor y lógica. Ese arte también atañe a otros ámbitos. Para turbación del lector al mencionar la palabra “dado” Cervantes asoma varios sentidos hasta dejar colgando en la ambigüedad varios temas antropológicos relativos a la existencia y al destino del hombre. En la primera parte y en dos momentos distintos Cervantes repite lo siguiente: *Tal podría correr el dado, que los primeros movimientos no son en manos del hombre (...)* Y en una conversación entre ambos personajes aparece esta frase: *De tal manera podía correr el dado, que echásemos azar en lugar de encuentro.* Azar y encuentro son lances en el juego de dados.

Tampoco en la literatura ha sido igualado con tanta belleza y profundidad el tratamiento del principio de la realidad. Al respecto, Alfred SCHUTZ³ ha escrito el texto más memorable y provocador. De él, retenemos dos tesis que sirven de guía en nuestro intento. Este sociólogo sostiene que la novela de Cervantes trata sistemáticamente el problema mismo de las realidades múltiples, y muchos aspectos de las aventuras de don Quijote son variaciones, cuidadosamente elaboradas del tema principal, esto es, de qué modo experimentamos la realidad. Conexa a esta tesis, la otra refiere la dialéctica de la inter-subjetividad entre don Quijote y Sancho.

Es un saber humano desplegado en una cadena de asociaciones y variaciones acerca de una idea central, el tratamiento de la realidad. Es la mirada en el mirar, atendiendo dos extremos en/de la condición humana, la locura y la cordura o la discreción como gusta denominarla Cervantes.

Consideramos el problema azotes vs. desencantamiento como un denso caso particularmente apropiado para examinar sobre el riquísimo fondo de aventuras que viven don Quijote y Sancho, la relación entre ambos, y el infinito juego de lenguaje en sus pláticas y disputas, juego entrelazado de oposiciones y paradojas, lógicas y percepciones, motivaciones y acciones siempre distintas.

El largo y apretado enredo acerca del desencantamiento de Dulcinea y los azotes de Sancho aparece de manera inesperada y graciosa en la segunda parte de la obra. En esos capítulos antes de narrar ciertas acciones de Sancho, Cervantes anota, *espera amable lector dos fanegas de risa*. Más adelante Sanchica se entera por carta de las hazañas de su padre y Cervantes cuenta que *se le fueron las aguas sin sentirlo de puro contenta*.

La continua carcajada del libro sobreviene con asombro porque Cervantes inventó infinitas maneras y figuras para interrumpir su propia narración y llevar al lector a participar en su historia, alterando y alternando tiempo, espacio y causalidad con extrema y sostenida cautela hasta convertirnos en lectores activos. De manera que –siguiendo a SCHUTZ– ni el subuniverso de la locura de don Quijote, ni la realidad primordial de los sentidos, en la cual nosotros, Sanchos, vivimos nuestra vida cotidiana resultan ser tan monolíticos como parecen.

Las preguntas acerca de las diferencias entre realidad y sueño, entre experiencia e imaginación Cervantes las asoma sólo en dos momentos, y con asombro, el lector se percata, primero, que únicamente don Quijote se interesa por ellas; segundo, que sólo las formula ante dos artificios, el mono adivino y la cabeza encantada... para recibir la misma respuesta. Gracias a esa constante movilidad en la narración los ejes y enlaces entre el mundo idealizado de don Quijote y la realidad primordial de Sancho están cuidadosamente estructurados por Cervantes revelando contrastes y transiciones inagotables.

Cervantes inventa el juego del mundo en cuyo despliegue sigue siendo el señero maestro inspirador. Toda la obra es una inmensa y continua revelación de genio, belleza y humor. En su arquitectura inventa las reglas de una lógica que nos atrevemos a denominar “lógica difusa”, distinta a otras, por ejemplo, aquella que rige al método científico racional. Él pareciera indicar que no hay conocimiento que escape al posible riesgo de la ilusión, el error, la locura. De allí el atractivo que sigue suscitando entre quienes sienten vivo el interés por la vida y la condición humana, por la literatura y las humanidades.

Imaginamos que los límites de ese tablero donde Cervantes representa el juego del mundo él los mueve con atinada finura y exquisita delicadeza hasta humanizar la tragedia que a la vida del caballero andante le ha reservado. Las aventuras de don Quijote a ratos provocan en el lector una mezcla de compasión, admiración y humor jocoso. Muy distintos son los límites y movimientos que a través de Sancho y sólo para él Cervantes va recreando. Cuanto más sofisticadas, serias o circunspectas son las posturas y respuestas de don Quijote tanto más lucen las de Sancho vívidas, graciosas y cotidianas.

Porque Cervantes no se ocupa de esbozar una filosofía. Más bien revela una actitud meridional dejando correr “lo dado” y “el dado”. Queda asomada una alquimia en justas proporciones de cantidad y calidad respecto al manejo de las dos palabras claves que representan la singularidad de cada uno de los personajes: en don Quijote, la discreción, en Sancho, la simpli-

cidad. Para el bien del ser humano y hacia el futuro permanecerá abierta la curiosidad acerca de la mezcla y juntura de esos dones.

En cuanto a las sonrisas, risas y carcajadas el lector nunca está prevenido aun cuando lee y relee la obra. Incluso las carcajadas regresan y nos visitan mientras guardamos el libro por unos días. De mi parte nunca he alcanzado a explicar ese fenómeno tan espiritual como anímico y más que buscar explicación es mejor que nos acompañe.

Para cada uno de los andantes personajes Cervantes inventa un humor verbal y situacional y ¡vaya! se trata de la más original invención. La inmensa e intrincada juntura de juego y tragedia, de juego y risa que caracteriza toda, toda la obra alcanza, a nuestro gusto y entender, una representación singular en el caso de los azotes que Sancho debe propinarse porque un mago se lo ordena. Veremos que sólo reteniendo “el axioma del encantamiento” es posible la comprensión de algunos días y aventuras de don Quijote y Sancho y la aproximación a la hermosa e indeclinable amistad que une a ambos personajes. Siguiendo de cerca esta humanísima obra se despertó nuestro deseo para emprender este ensayo de antropología social.

La obra es singular si se atiende su estructura, vale decir, a las tantas y tantas vicisitudes y atribulaciones que el caballero padece y hace padecer a su escudero quien no escatima mañas para sobrellevarlas con amor y lealtad. Singular como caso concreto en cuanto al choque y enfrentamiento sostenido de los sub-universos de ambos personajes. Singular si se desplaza la mirada desde el mundo sensible y circundante que Cervantes ha reservado a Sancho, hacia cualquier hombre, aquí y ahora. Veremos cómo y cuánto luce Sancho sus dones y dotes para estar a la altura y dejar correr la fantasía de su señor y dejar correr la suerte por donde mejor se encaminare.

En torno a los azotes, don Quijote y Sancho conversan, discuten y riñen. El profundo afecto que siente don Quijote por su escudero alcanza su máxima manifestación entre abrazos, besos y lágrimas cuando Sancho con miedos y remilgos se compromete en semejante negocio, eso sí, bajo ciertas condiciones. Mientras más piensa y razona para evadir el castigo tanto más don Quijote monta en cólera, le acosa y propina todo género de insultos. Sus momentos e intercambios más ásperos y fuertes tienen como llave el negocio de los azotes. Por ellos se van a las manos, a los golpes hasta caer y revolcar por tierra. Por los azotes se pone a prueba la individualidad y humanidad de cada uno. Con ocasión de los azotes o del desencantamiento de Dulcinea en don Quijote sobreviene un viraje en su identidad y se agudiza su tragedia personal al debilitarse la fe en la realidad de su dama. Mientras que en Sancho el sentido común se robustece elevando su locuacidad para aliviar decaimientos en don Quijote, para afinar su agudeza y cuidar sus espaldas y nalgas valientes (léase, grandes). En la obra, el conflicto por los azotes aparece, se dilata y reaparece para recobrar fuerza inusitada a lo largo de once capítulos. En estas y muchas otras alternancias Cervantes es el encantador y jugador singular.

Las preguntas de Sancho cuestionando la orden del mago Merlín, quien para don Quijote es un sabio, y los argumentos al discutirla son impecables y dignos de toda admiración y reflexión. En favor de este señalamiento añadimos que en Internet no encontramos análisis por el lado de la antropología social centrados en el tema aquí propuesto. Con Sancho también abundan los refranes pues frente ante semejante disciplina de sangre y en defensa propia es tan artero como gracioso y pone a prueba con sus dotes la paciencia y cólera de don Quijote: *¡Maldito seas de Dios y de todos los santos, Sancho maldito, y cuando será el día, como muchas otras veces te he dicho, donde yo te vea hablar sin refranes una razón corriente y concertada!* (II, XXXIV). Los argumentos de Sancho, aderezados con refranes las más de las veces deformados a fin de rechazar o al menos postergar los azotes, constituyen un hilo conductor en este ensayo. A ratos él supera con la razón del sentido común todo cuanto proviene del corazón y cabeza de don Quijote.

¿Pero acaso don Quijote no es el más listo y sabio entre todos los entes literarios de Cervantes? Y en la segunda parte ¿quién ha enseñado a Sancho a filosofar? Las preguntas serias del lector Cervantes las ha teñido con todos los colores y tonos propios del humor. Ellos en este conflicto, a rato agrio a ratos cortés, entre la realidad empírica y sensible de los azotes y la búsqueda artificiosa y engañosa del desencantamiento, parecen casi inalcanzables. Ambos con andar y luz propia van siempre por delante de uno y cualquiera llega tarde. *Tarde piache*⁴ – dice Sancho.

El problema de los azotes vs. desencanto constituye un ejemplo preciso y precioso donde quedan plasmadas las energías de cada personaje y sus radicales diferencias. Ambos muestran un mundo particular cuyas transformaciones alcanzan proporciones bellas y perfectas que armonizan con la amistad y sostienen la individualidad. Tal bellaza y proporción parecen venir de la mano de un geómetra, un humanista... o como gustéis.

Hay un no sé qué en ese largo y sostenido compromiso entre ambos personajes. Esa vislumbre Cervantes la resguarda hasta llegar a la comedia y la tragedia que ellos representan hacia el final, y sólo revela su magnitud en el cumplimiento de los azotes que hace coincidir con el fin majestuoso de la obra. El desenlace es abrumador, recoge e intensifica la sensibilidad y la gravedad de cada uno acrecentado en un momento ritual que sólo concierne a ellos.

Ordenamos y examinamos el problema de los azotes vs. desencanto en tres secciones. a) En la primera exponemos la orden de Merlín y las circunstancias de su intervención; momento y ambiente, intercambios y condiciones; formas y pormenores del vapuleo; argumentos iniciales de don Quijote y de otros personajes; razones del rechazo y la defensa de Sancho. b) Luego atendemos las trayectorias de aquello que para ambos es un negocio; para don Quijote una esperanza, un modo de desencantamiento, una deuda, un riguroso compromiso que su ayudante debe sin falta cumplir; para Sancho es una disciplina de sangre, un castigo, un suplicio a sus tiernas y sensibles carnes, suplicio que no está dispuesto ni siquiera a emprender an-

tes bien a rechazar con sostenida terquedad y pulidas razones. c) En la última parte atendemos al desenlace de tan grandioso y enrevesado conflicto.

LA ORDEN DE MERLÍN

Digamos que el asunto comienza cuando estando don Quijote y Sancho en el castillo de los duques, estos deciden *hacerles unas burlas que llevasen vislumbres y apariencias de aventuras* (II, XXXIV). A la duquesa le gusta tanto la simplicidad de Sancho que casi llega a *creer ser verdad infalible* que Dulcinea del Toboso estuviese encantada siendo que el mismo Sancho había sido el embustero y con embelecocos dio inicio a aquel negocio. Cervantes advierte que en este castillo, gracias a la intervención de los duques, a ambos le suceden las aventuras más famosas al mejor estilo caballeresco. Allí se desenvuelve (II, XXXIII) entre la duquesa y Sancho el siguiente diálogo:

–Vos tenéis razón, Sancho –dijo la duquesa – que nadie nace enseñado y de los hombres se hacen los obispos, que no de las piedras. Pero volviendo a la plática tengo por cosa cierta y más que averiguada que aquella imaginación que Sancho tuvo de burlar a su señor, y darle a entender que la labradora era Dulcinea, y que si su señor no la conocía debía de ser por estar encantada, todo fue invención de alguno de los encantadores que al señor Quijote persiguen; porque real y verdaderamente yo sé de buena parte que la villana que dio el brinco sobre la pollina era y es Dulcinea del Toboso, y que el buen Sancho pensando ser el engañador, es el engañado; y no hay poner más duda en esta verdad que en las cosas que nunca vimos... y créame Sancho que la villana brincadora era y es Dulcinea del Toboso, que está encantada como la madre que la parió; y cuando menos pensemos, la habemos de ver en su propia figura, y entonces saldrá Sancho del engaño en que vive.

– Bien puede ser todo eso –dijo Sancho Panza –; y ahora quiero creer lo que mi amo cuenta de lo que vio en la cueva de Montesinos, donde dice que vio a la señora Dulcinea del Toboso en el mismo traje y hábito que yo dije que la había visto cuando la encanté por sólo mi gusto; y todo debió ser al revés, como vuesa merced dice, porque de mi ruin ingenio no se puede ni debe presumir que fabricase en un instante tan agudo embuste. Pero señora no por esto será bien que vuestra bondad me tenga por malévolo, pues no está obligado un porro como yo a taladrar los pensamientos y malicias de los pésimos encantadores: yo fingí aquello por escaparme de las riñas de mi señor don Quijote y no con intención de ofenderle; y si ha salido al revés...

En estos pasajes encontramos los marcos iniciales del problema así como los enlaces que sostienen e hilvanan la narración posterior. Veamos. Uno, aparecen los trazos relativos al lenguaje y la lógica; dos, se asoman alternancias en las oposiciones y los términos empleados; tres, se logra la fusión de varias acciones y disposiciones pasadas, presentes y venideras de los personajes; cuatro, se enlazan elementos pertenecientes a distintos sub-universos. Al echar dados y cartas, las rondas comienzan a girar y girar desde el encantamiento y el engaño hasta llegar a unos azotes y un desencantamiento.

Dos asuntos sobresalen y quedan por delante al lector: si gracias a sus embustes Sancho aparece involucrado en el encantamiento de Dulcinea entonces otro encantador más sabio y poderoso será quien dé la orden para comprometer y disciplinar al embustero y revertir el curso del negocio, del juego. Son los duques quienes intervienen como testigos e incluso como autoridades ante los enredos y desacuerdos que sobrevienen; también son precisamente quienes urden desde el inicio todas las burlas engañosas de las aventuras en el castillo. Ellos hacen aparecer al mago y éste a su vez garantiza la coexistencia y compatibilidad entre azotes y desencantamiento dando paso a todo un sub-universo de ficción y removiendo en la narración los ejes de tiempo, espacio y causalidad. Para la duquesa, quien habla de veras, se trata más de una burla que de encantamiento; en pláticas con ella, Sancho sostiene que eso del encantamiento sólo es verdad allá por los cerros de Úbeda...

Interesa realzar otros pormenores siguiendo los hilos de ambos textos. La duquesa quien maneja los personajes, hilos y eventos en el castillo reitera dos veces y persuade a Sancho que la villana brincadora “era y es” Dulcinea del Toboso; lo convence que la burla a su señor fue más bien invención de encantadores enemigos que no de él; por ende de engañador pasó a ser el engañado; además da la impresión que la duquesa se interesa de sólo y bastante por saber de Dulcinea, desde atrás y más adelante. Sancho de su parte admite que la encantó por su gusto, por no reñir con su señor, que fingió, pero todo salió al revés...

Y llegó el día (II, XXXV) cuando los duques deciden preparar con toda clase de máquinas una burla a don Quijote, burla famosa al mejor estilo caballeresco. Al compás de una música aparece un carro triunfal, montados están doce disciplinantes de luz, una ninfa cubierta de velos y una figura que parecía ser la misma muerte descarnada y fea. Esta *muerte viva*, recita lo siguiente:

Yo soy Merlín, aquél que las historias
dicen que tuve por mi padre al diablo
(mentira autoriza de los tiempos)
Príncipe de la Mágica y monarca
y archivo de la ciencia zoroástrica.

Que para recobrar su estado primo
la sin par Dulcinea del Toboso,
es menester que Sancho tu escudero
se dé tres mil azotes y trescientos
en ambas sus valientes posaderas,
al aire descubiertas, y de modo
que le escuezan, le amarguen y le enfaden.

El último verso y la carcajada del lector ciertamente son incentivos para seguir acompañando a Sancho... puesto que sólo para él podía Cervantes conjugar con tanta gracia la atribu-

lación con el absurdo. Con cuánta sabiduría el autor nos dispone a entrar y salir en un mundo extraordinario donde las vicisitudes del hombre ordinario no habían sido reveladas con tanto arte e ingenio. Con cuánto discernimiento Cervantes llega a encarnar todo aquello que es universal y específico en el hombre y sus relaciones con los otros. Porque las representaciones acerca del hombre libre y culto, del hombre libre y simple no habían sido tan enriquecidas y ampliadas hasta tanto Cervantes las modeló.

En la segunda parte de la obra aparece la figura del mago Merlín; con los versos anotados comenzó y terminó hablando. Así sentencia y compromete con una orden los siguientes días de Sancho Panza y su relación con don Quijote. Si el encantamiento lo originó Sancho entonces sólo de él depende poner las cosas al revés; si por su gusto inventó embustes, por su voluntad tendrá que deshacer la desgracia de Dulcinea; si al principio fingió para evitar riñas con don Quijote en lo sucesivo y de continuo la comunicación entre ambos estará marcada por una cadena de zozobras con toda clase de ruegos y presiones de don Quijote y de remilgos y melindres por el lado de Sancho.

También en el castillo ducal quedan establecidas las condiciones para la ejecución de los azotes, unas impuestas por Merlín, otras a solicitud de don Quijote; unas según previsiones y recelos de Sancho y otras propuestas por el duque. Gracias a éste se abren puentes de comunicación para todos los presentes que escuchan, ven al mago y participan en la burla a don Quijote.

En medio de una caterva de percepciones y esquemas de interpretación disímiles cada trance se resuelve gracias a la intervención de los duques que con artificios traen a los encantadores y estos a su vez desempeñan el papel de casualidad o motivación. También los duques representan la autoridad y avalan como testigos la orden del mago Merlín y el compromiso de Sancho. Más aun, el duque asume la oferta sobre la ínsula para Sancho a *pesar de la envidia y la malicia del mundo*; mientras él en momentos de miedo corre a refugiarse en las falda de la duquesa.

Son tres mil trescientos azotes a la manera de los disciplinantes de sangre sobre las carnes desnudas de Sancho, sus espaldas y nalgas. La cantidad inicial, determinada por el mago, quiere don Quijote duplicarla ¡cómo no! por amor a Dulcinea, aunque luego se intenta algo intermedio: la mitad a condición que venga de mano ajena pero bien pesada... *Ni ajena, ni propia, ni pesada ni por pesar – replica Sancho –; a mí no me ha de tocar alguna mano. ¿Parí yo por ventura a la señora Dulcinea del Toboso para que paguen mis posas lo que pecaron sus ojos? ¿Azotarme yo? ¡Abernuncio! – Abrenuncio habéis de decir, Sancho – dijo el duque.*

Porque las condiciones de los azotes son asuntos de honor, del código de don Quijote. En cambio para Sancho todo ese negocio no hace sino suscitar miedos y rechazos en medio de refranes como pretexto para escapar. Así quiere Sancho que el vapuleo sea a voluntad y no por fuerza, en el tiempo que él quisiera y sin término preciso. En su momento, don Quijote re-

cordará a Sancho que según Merlín una vez ejecutada la cantidad exacta de azotes, tres mil trescientos, ni uno más ni uno menos, Dulcinea quedaría desencantada.

Las cofradías religiosas con sus disciplinantes de sangre, y no los de luz que llevaban cirios y hachas, se azotaban con sendas disciplinas de abrojos o canelones hasta sacarse sangre, jirones y heridas; canelones compuestos de seis u ocho ramales que remataban juntos, gordos, duros y labrados. Hemos de imaginar semejantes prácticas religiosas. De manera que Sancho logra precisar sus propias condiciones, acepta y se compromete a darse todos y cada uno de los azotes de su propia mano y cuando quisiera; sin tasa en los días ni en el tiempo; sin obligación de sacarse sangre; además, si algunos azotes fuesen de mosqueo, sin daño, más bien débiles como para espantar moscas esos también se han de tomar en cuenta; por último, dice, si llegase a errar el número, el señor Merlín que *todo lo sabe* ha de contar si faltan o si sobran. Llegando al cabal número, aclara Merlín, Dulcinea quedará de improviso y de inmediatez desencantada; nada sobra y nada falta, *ni el cielo permita que yo engañe a nadie*.

Al examinar los orígenes del problema conviene seguir las preguntas y los argumentos que en su defensa Sancho llega a disputar. Su realidad sensible, su experiencia cotidiana lo guía hasta enfrentarse y rechazar con mañas y razones a quienes quieren imponer un castigo a su cuerpo. Su razonamiento se afina en aquello que para él es muy obvio. ¿Cómo entender y aceptar la relación entre azotes y desencanto, entre posas y pecados? –*Pues aunque soy rústico, mis carnes tienen más de algodón que de esparto y no será bien que yo me describa por el provecho ajeno*. Primero inquiere a la doncella que desde el carro triunfal figura como Dulcinea, ante tal figura, Sancho dice:

Querría yo saber de la señora Dulcinea del Toboso adónde aprendió el modo de rogar que tiene; viene a pedirme que me abra las carnes a azotes ¿por ventura son mis carnes de bronce o vame a mí algo en que se desencante o no? ¿Qué canasta de ropa blanca, de camisas, de tocadores y de escaupines, trae delante de sí para ablandarme, sabiendo aquél refrán que dicen por ahí, que un asno cargado de oro sube ligero por una montaña, y que dádivas quebrantan peñas, y que a Dios rogando y con el mazo dando, y que más vale un “toma” que dos “te daré”? Aprendan, aprendan mucho de en hora mala saber rogar, y a saber pedir, y a tener crianza...

Sólo la intervención del duque logra frenar la perorata de Sancho, sus refranes tan realistas y sus demandas por un intercambio material equiparable en cuantía a los daños que vendrán pues cualquiera sabe qué hace un rucio cargado de oro o no? –sólo el duque lo conmina a aceptar y volver al ámbito de los encantadores y sabios dando franca salida a la situación: *En resolución, Sancho, o vos habéis de ser azotado o no habéis de ser gobernador*.

A diferencia del usual talante que lo caracteriza frente a los apremios, esta vez pide una tregua, dos días para pensar lo que mejor le convendría; pero recibe una negativa en los mismos términos de su lenguaje ordinario: aquí y ahora han de quedar asentados los modos, calidades y cantidades del negocio. Siendo así, vuelve al mago sus cuestionamientos y pregunta:

–Dígame vuesa merced, señor Merlín: cuando llegó aquí el diablo correo y dio a mi amo un recado del señor Montesinos porque venía a dar orden de que la señora Dulcinea del Toboso se desencantase, y hasta agora no hemos visto a Montesinos ni a sus semejas.

–El Diablo, amigo Sancho, es un ignorante y un grandísimo bellaco; yo le envié en busca de vuestro amo, pero no con recado de Montesinos, sino mío. Y por agora acaba de dar el sí desta disciplina, y creedme que os será de mucho provecho, así para el alma como para el cuerpo (...) sois de complexión sanguínea, y no os podrá hacer daño sacaros un poco de sangre.

– ¡Ea, pues, a la mano de Dios! –dijo Sancho –. Yo consiento en mi mala ventura, digo, que yo acepto la penitencia, con las condiciones apuntadas.

En cuanto Sancho pronunció esas palabras, don Quijote emocionado se colgó a su cuello dándole besos y más besos en la frente y las mejillas. Tan contentísimo y esperanzado sale el caballero del evento que da origen a los azotes de Sancho (o la burla fingida propiciada por los duques que hicieron aparecer al mayordomo vestido como Merlín y a un paje como Dulcinea) que Cervantes cierra la aventura acercando al lector a contemplar la belleza cuando llega el alba, *la tierra alegre, el cielo claro, el aire limpio, la luz serena...* Sólo así comprendemos hasta compartir la alegría amorosa que embarga el espíritu de don Quijote cuando quedan establecidas las condiciones del negocio.

En esta primera fase de aproximación, atendiendo la inesperada circunstancia que se le presenta a Sancho como irremediable, cabe destacar para el examen ciertos asuntos de interés. Más que explicaciones importa apreciar los puentes y tramos que Cervantes va dejando; ellos permiten seguir a Sancho en su realidad primordial u ordinaria. Veamos.

Los sustentos de la relación y comunicación entre Sancho y don Quijote adquieren desde la orden de Merlín un nuevo cariz, se refuerzan y estrechan. Así como para don Quijote, Dulcinea y su desencantamiento lo es todo, su vida, la vida de sus ojos y de su alma así también para Sancho se trata por primera vez de un compromiso determinado y cabal que pone a prueba su sensibilidad mucho más acá de la lealtad a su señor. Para don Quijote el altísimo valor del honor y del bien siempre ha estado atado a su ímpetu y coraje pero esta vez y en lo sucesivo todo depende de Sancho, su escudero y compañero. Don Quijote luego de escuchar a Merlín queda en seguida absolutamente convencido de la relación causa-efecto entre azotes y desencanto; en cambio para Sancho llegado el momento, decisivo u oportuno comenzará seriamente a desconfiar de las condiciones del negocio.

Da la impresión que su cuerpo y ánimo nunca antes habían estado tan expuestos a un rigor semejante. Amanecerá y veremos. Durmamos y medraremos. Él vive el día a día con plena alegría y llaneza. En cuanto a los azotes sólo reaccionará cuando don Quijote, que no descansa pensando e imaginando su cumplimiento, se le planta por delante, le recuerda, regaña y amenaza. Sancho discute, se defiende como un hombre rústico cualquiera siempre alentado por la razón del sentido común. Cada vez que Cervantes reactiva el conflicto, intercala todo género de palabras, gestos y actitudes, aproxima a ambos personajes, suspende un rato la dispu-

ta y luego continúa sobrecargando la tensión anímica de don Quijote mientras hacia Sancho abre salidas airosas.

Respecto a cada personaje Cervantes reserva términos apropiados cuando uno u otro conoce e interviene en el problema de los azotes. Para Sancho es una penitencia y mala ventura; cree que pagará con su cuerpo algo que a duras penas acepta o sólo cuando le confirman la promesa de la ínsula. Para don Quijote es una esperanza amorosa alimentada bajo artificios con la figura de Merlín. En este episodio para la doncella que figura como Dulcinea los azotes representan la liberación de su desgracia. En cuanto al duque y la duquesa se trata de una burla. Por último, lejos del palacio ducal se encuentra Teresa Panza la mujer de Sancho quien mediante carta le comunica el asunto; en las primeras líneas él escribe lo siguiente: *Si buenos azotes me daban, bien caballero me iba*⁵; *si buen gobierno me tengo, buenos azotes me cuesta. Esto no lo entenderás tú, Teresa mía, por ahora, otra vez lo sabrás.*

Con ocasión del episodio de los azotes, Cervantes para admiración o risa del lector sostiene una vez más el complicado problema de las realidades múltiples con tantas entradas, pasajes y salidas como su inagotable ingenio lo estima. Vemos que particularmente donde se inicia el problema en cuestión (II, XXXV) se detectan casi todos los términos que le permiten expandir el juego de lenguaje, lógica y sentidos y lo prolonga hasta las trasposiciones más absurdas, hacia *lo imposible de toda imposibilidad*. En el mencionado capítulo la lista de términos⁶ incluye aproximadamente los siguientes: encantamiento, artificio, broma tramada, engaño, fantasía, embustes, burla fingida, superchería, fingimiento, diablo (con d y D), historia, mentira, ciencia zoroástrica, ciencia endemoniada, hazaña, mago, sueño, caballería, muerte viva, cielo, Dios.

Sancho en razón a los miedos y rechazos que desde el principio manifiesta recibe toda clase de insultos de la figura de Dulcinea para quien los azotes representan la lisa de sus carnes; con voz no muy adamada, ella lo llama *mala venturado escudero, ladrón desuellacaras, enemigo del género humano, melindroso, esquivo, miserable y endurecido animal, mochuelo espantadizo, socarrón, mal intencionado monstruo, perezoso, bestión indómito*. Para rematar don Quijote le amenaza: *villano, harto de ajos, os arrancaré el alma...*

Para finalizar esta primera sección hemos ordenado los enlaces entre los personajes atendiendo sus disposiciones y combinaciones:

- Sancho y don Quijote, el negocio azotes por desencanto.
- Don Quijote y Merlín, la promesa del desencanto de Dulcinea.
- Sancho y el duque, la promesa de la ínsula.
- Sancho y la duquesa, la inversión del engaño.
- Los duques y la gente del castillo, la burla a don Quijote.

MOMENTOS Y TRAYECTORIAS

El problema de los azotes aparece, se suspende y reaparece en once capítulos de la segunda parte de la obra. Don Quijote no dará tregua a su apasionado ímpetu y amorosa esperanza hasta el cabal cumplimiento de la azotaina. A Cervantes no le basta narrar los altibajos de este conflicto; también quiere que el lector participe del fervor de don Quijote y de los recelos de Sancho a los largo de los momentos y trayectorias que lo jalonan.

Frente a los esfuerzos e intentos del caballero, Sancho siempre está a pique, a la altura del acoso con pretextos y salidas de todo género. Su habilidad con los refranes es uno de los métodos que Cervantes emplea en el inmenso despliegue del humor verbal y el realismo que caracteriza a Sancho. En ese juego si a Sancho le está reservado un vapuleo, para el lector Cervantes ha preparado fanegas de risas. Si don Quijote agota su paciencia, Sancho baraja sus cartas.

Distintos estudiosos interesados en la obra de Cervantes acuerdan en señalar que a diferencia de la primera parte, en la segunda publicada diez años después, la relación entre don Quijote y Sancho Panza es el núcleo de atención en la mente y narración de Cervantes. Muestra de ello son las conversaciones, reflexiones y aprendizajes mutuos. Añadimos que el problema de los azotes y el esperado desencanto de Dulcinea reacomoda la relación; ésta aparece distinta, afincada en el alma de don Quijote con nuevos bríos y en el ánimo de Sancho como una carga a cuestas. Él se pregunta algo que a todas luces luce más que obvio ¿qué tienen que ver las nalgas con los encantos de Dulcinea? ¿Si te duele la cabeza te untas las rodillas?

También en la segunda parte sobresale la inter-subjetividad sobre una realidad más material y sensible pues Cervantes la amplía con otras dimensiones: Don Quijote paga sus gastos en las ventas que ya no son castillos; no hace prevalecer sus derechos de caballero; permite que Sancho le contradiga, incluso lo escucha más y se entusiasma ante los progresos en el modo cómo va ensartando sus refranes; con ocasión de estos cambios Sancho llega decir *sentí según mi señor me dijo...*; en sus andanzas llegan a conocer mar, puertos, galeotes y la vida urbana en Barcelona donde don Quijote visita una imprenta y discute asuntos propios del ambiente y oficio.

Entre los polvos del camino cuando Sancho come y duerme, él vela, piensa, agota el cerebro y oprime su corazón al recordar el negocio pendiente; sufre cuando recuerda la desgracia, el encantamiento de Dulcinea cuya liberación depende con certeza y urgencia de Sancho. Sobre la marcha de los acontecimientos don Quijote sufre sensibles cambios porque vive en continua tensión con la dura realidad y en continua comunión con su idealidad. También Sancho muestra otras solturas y habilidades en su relación con él y consigo mismo. Veremos que

el negocio establecido involucra una nueva y decisiva etapa en la comunicación entre el andante y el andado personaje hasta el final de la obra.

Aun no se habían ausentado del castillo ducal cuando sobreviene la primera disputa en torno a la promesa contraída con azotes incluidos. Y llegó la noche y el momento determinado por los duques para traer al jardín a Clavileño, el famoso caballo del gigante Malabrundo el encantador, *para gusto y general pasatiempo de los vivientes* (II, XL). Para don Quijote y Sancho se propone un largo viaje por los aires montados en Clavileño a fin de remediar la fealdad que barbas y pelos acarrear a los rostros de unas damas presentes en el jardín. Sancho se resiste a semejante viaje, diciendo:

Ahora, señores, vuelvo a decir que mi señor se puede ir solo, que yo me quedaré aquí en compañía de la duquesa mi señora y podría ser que cuando volviese hallase mejorada la causa de la señora Dulcinea en tercio y quinto; porque pienso en los ratos ociosos y desocupados darme una tanda de azotes, que no me la cubra pelo.

Luego entre presiones y remilgos Sancho acepta ir con su amo. Termina por convencerle nuevamente el duque al recordarle la promesa de la ínsula; la condesa Trifaldi barbuda también interviene afirmando que Malabrundo aunque es un encantador también es *sagaz y cristiano*. Por fin, al decidirse, dice Sancho: *Tápenme estos ojos y encomiéndenme a Dios*. Y es la ocasión para don Quijote decir:

–Desde la memorable aventura de los batanes –dijo don Quijote – nunca he visto a Sancho con tanto temor como ahora, y si yo fuera tan agorero como otros, su pusilanimidad me hiciera algunas cosquillas en el ánimo. Pero llegaos aquí, Sancho, que con licencia de estos señores os quiero hablar aparte dos palabras. Y asiéndole de ambas manos, le dijo: –Ya vees, Sancho hermano, el largo viaje que nos espera y que sabe Dios cuándo volveremos dél, ni la comodidad y espacio que nos darán los negocios; y así querría que ahora te retirases en tu aposento, como que vas a buscar alguna cosa necesaria para el camino, y en un daga las pajas te dieses, a buena cuenta de los tres mil y trecientos azotes a que estás obligado, siquiera quinientos, que dados te los tendrás; que el comenzar las cosas es tenerlas medio acabadas.

– ¡Par Dios –dijo Sancho – que vuestra merced debe de ser menguado! Esto es como aquello que dicen: “en priesa⁷ me vees, y doncellez me demandas”. ¿Ahora que tengo de ir sentado en una tabla rasa quiere vuestra merced que me lastime las posas? En verdad en verdad que no tiene vuestra merced razón. Vamos ahora a rapar a esas dueñas, que a la vuelta yo le prometo a vuestra merced, como quien soy, de darme tanta priesa a salir de la obligación, que vuestra merced se contente, y no le digo más.

–Pues con esa promesa, buen Sancho, voy consolado, y creo que la cumplirás, porque en efecto, aunque tonto, eres hombre verídico.

No podemos detenernos con los pormenores de la *broma fingida* inventada por los duques con el caballo de madera Clavileño; en cambio sí interesa resaltar otros pormenores que comienza Cervantes a incorporar en la relación entre ambos.

A medida que la Dolorida iba suscitando la curiosidad de Sancho por el caballo va proponiendo el viaje por los aires; pero él manifiesta cierta renuencia a fin de dedicarse a aquello

que viene evadiendo. *Yo no soy brujo para gustar de andar por los aires*. Al final acepta gracias nuevamente a la intervención del duque. Con afecto, llamándolo hermano y juntando sus manos con devoción don Quijote intenta convencerle de la relación entre ínsula y azotes.

En medio de esas diferencias entre la realidad primordial de Sancho y el sub-universo de don Quijote, Cervantes va introduciendo paradojas semánticas y ambigüedades en las respuestas y conversaciones recreando otro singular nivel de ficción, vale decir, cuando el personaje transforma los hechos y al mismo tiempo evoluciona con ellos. En la narración este tipo de cambio es muy significativo puesto que marca transiciones lentas y evoluciones irreversibles.

En las páginas referidas a esa aventura (capítulo XLI) comienzan otros giros y tropos en el lenguaje, en la relación entre ambos personajes. Sancho por primera vez habla de una experiencia reciente, pero ¿cómo la cuenta? –la cuenta como una desenfadada fantasía: que desde los aires vio la tierra como un grano de mostaza; como en su tierra era cabrerizo pudo jugar durante una hora con las siete cabrillas (la constelación); que sí hay diferencias entre las cabras del cielo y las del suelo; no llegó a ver cabrón alguno pero si oyó decir que ninguno pasaba de los cuernos de la luna. Todos estos cuentos y sucesos a don Quijote le lucen disparatados porque Sancho ciertamente estaba con él por los aires. No se los puede creer, *van fuera del orden natural*. Si pasaron la región del fuego y no se quemaron entonces, *o Sancho miente, o Sancho sueña*. La conclusión de don Quijote luce lógica pero no le permite establecer una línea divisoria entre realidad y ficción sobre todo al recordar su propia experiencia en la cueva de Montesinos. Desde la aventura con Clavileño, y en parte por los disparatados cuentos de Sancho, comienzan los devaneos en don Quijote que llegan a suscitar un viraje de conciencia en su tragedia personal.

Quizás el punto límite respecto al sub-universo de don Quijote se encuentra en el extraordinario texto con el cual Cervantes cierra este capítulo. Luce como un punto de inflexión donde la dinámica juntura inter-subjetiva entre ambos personajes comienza a mostrar otros trasiego porque categóricamente en el texto aparece un componente inesperado desde el baúl de los asombros con el cual Cervantes sostiene la narración. Se trata de un ajuste de cuentas que atañe sólo a los dos. Es un contrapunto, eso sí, imitativo que don Quijote tan listo no podía dejar escapar, y de reclamar otras reglas en su comunicación con el escudero. Valga entonces imaginar a don Quijote acercándose a Sancho para decirle muy en serio, con gravedad al oído:

Sancho, pues vos queréis que se os crea lo que habéis visto en el cielo, yo quiero que vos me creáis a mi lo que vi en la cueva de Montesinos. Y no digo más.

Los siguientes capítulos, trece en total, presentan como núcleo de atención la salida de Sancho como gobernador a la ínsula tan prometida y esperada. Por vez primera en sus días de aventuras él y don Quijote se separan de manera que Cervantes va alternando, allá para Sancho y aquí para don Quijote las andanzas. Sólo cuando se reencuentran reaparece el problema

de los azotes y el desencanto, y vuelven a sus amenas pláticas donde la sabiduría y el ingenio se manifiestan más y más cuando andan juntos.

Desde el inicio de estas páginas hemos anotando ambos términos en ese orden de causa-efecto porque en el juego trazado por Cervantes la causa estriba en los azotes que tendrá por efecto el desencantamiento. Así como los encantadores –unos sabios y benéficos, otros acérrimos enemigos – hacen de pasarela entre los mundos opuestos y contradictorios del caballero y el escudero volviendo compatibles distintos niveles de significaciones y otorgando otras dimensiones a cualquiera de las paradojas incorporadas en la narración, así también el problema azotes vs. desencantamiento representa dos extremos tan enlazados que revelan la mutua dependencia de ambos personajes en sus días y aventuras por venir porque el mago Merlín así lo dispuso.

Es el axioma del encantamiento (SCHUTZ, 1955) que reconcilia la primordial realidad posible de Sancho con sus azotes, temores y remilgos, y el sub-universo de fantasías de don Quijote con su más alta y cara esperanza. Con ambos elementos, cada uno correspondiendo a parcelas distintas y distanciadas en interpretación Cervantes urde con finísimo arte y humor un contrapunto en el juego mayor del mundo que es la obra.

Luego de gobernar la ínsula Sancho regresa al castillo ducal y se reencuentra con don Quijote. Días después se despiden de los duques y emprenden camino hacia Zaragoza y Barcelona. Andando y andando por esos caminos conversan y se escuchan muy animados (II, LVIII). En esos diálogos los temas referidos por don Quijote son tan diversos como serios: la libertad, los santos patronos protectores de la Iglesia y de España, la muerte, el Amor y el amor, la hermosura del alma y del cuerpo...

Pero una vez más el duro suelo de la realidad golpea a don Quijote cuando un tropel de toros bravos lo deja muy molido y decaído. La fuerza de sus pensamientos y desgracias lo abate tanto que dice dejarse morir de hambre, *la más cruel de las muertes* (II, LIX). Sancho intenta reconfortarle con afecto y aliviarle con frases tales que llegan a parecerle que provienen más de un filósofo y no de un mentecato. Por vez primera don Quijote comienza a bordear otros límites en pensamiento y ánimo removiendo la desesperanza. En su devaneo y búsqueda de alivios, le dice a Sancho:

–Si tú, ¡oh Sancho!, quisieses hacer por mí lo que yo ahora te diré, serían mis alivios más ciertos y mis pesadumbres no tan grandes; y es que mientras yo duermo, obedeciendo tus consejos, tu te desviases un poco lejos de aquí, y con las riendas de Rocinante, echando al aire tus carnes, te dieses trescientos o cuatrocientos azotes a buena cuenta de los tres mil y tantos que te has de dar por el desencanto de Dulcinea, que es lástima no pequeña que aquella pobre señora esté encantada por tu descuido y negligencia.

–Hay mucho que decir en eso –dijo Sancho –. Durmamos por ahora entrambos, y después Dios dijo lo que será. Sepa vuestra merced que esto de azotarse un hombre a sangre fría es cosa recia, y más si caen los azotes sobre un cuerpo mal sustentado y peor comido; tenga paciencia mi señora Dulcinea, que cuando menos se cate, me verá hecho una criba de azotes; y

hasta la muerte, todo es vida, quiero decir, que aún yo la tengo, junto con el deseo de cumplir con lo que he prometido.

Aunque hay un mundo de comunicación compartido don Quijote en su alma y ánimo se revuelve en dudas respecto al cumplimiento por parte de Sancho quien hasta ahora no ha comenzado su disciplina y logra una vez más postergar la discusión. Con este pasaje tenemos la segunda tentativa de don Quijote para traer al momento el negocio pendiente. Algunos asuntos lucen nimios pero son importantes en la respuesta que Cervantes reserva para ese *truhán moderno y majadero antiguo* que es Sancho. Veamos. La juntura en la misma frase de verbos en dos tiempos, *Dios dijo lo que será*; la frase *hasta la muerte, todo es vida* brilla como perla desde el hondo arraigo de Sancho a la vida que da vida al sentido común; en este pasaje como en el primer intento Sancho no echa mano a refranes que tanto y tanto emplea cuando quiere escapar de algo, en cambio, respecto a los azotes una vez más reitera su promesa; en fin, Sancho comienza su evasiva remedando una frase ya empleada por don Quijote... *hay mucho que decir en eso...* cuando la duquesa le preguntó si ha visto o no a la señora Dulcinea. Quid pro quo.

Cervantes en sus años de vagabundeo (1587-1602) trabajando como alcaballero viajó mucho y conoció muy de cerca toda clase de gente, pueblos, usos y costumbres; en cuanto a la invención de juegos con el lenguaje y la palabra mostró ser un hombre culto, cultivado y refinado ante el conocimiento del ser humano en sus contextos y complejidades dejando una riquísima herencia a ser aprovechada a través de siglos por pensadores de diferentes culturas. Por el lado de las ciencias sociales nadie como él ha cifrado y descifrado el binomio Individuo-Sociedad. Con sus parodias llegó a ir más allá de los principios que rigen las leyes de lo natural y aun más allá de las leyes y normas con las cuales los hombres viven y se gobiernan. Con nuevos usos y sentidos pone a prueba la lógica que rige a esos principios llegando a recrear una humanísima comprensión del hombre con una caterva de técnicas y métodos, componentes y enlaces. Si a través de don Quijote podemos seguir la intervención de los encantadores (aunque no estamos preparados para aceptar su intervención), no es menos cierto que Cervantes logra incluso rebasar los principios que acompañan los esquemas lógicos propios de la razón científica. Gracias a esas inteligentes ventajas él muestra que ellos, los encantadores, tienen sus motivos para intervenir y actuar como lo hacen ya por bien ya por mal. Más aun y mejor aun, que esos motivos son comprensibles para nosotros, los seres humanos. Algunos de ellos tienen ojeriza al caballero, otros son propicios e interfieren, otros chocan entre sí tratando de alterar los designios del otro *en este mal mundo que tenemos (dice Sancho) donde apenas se halla cosa que esté sin mezcla de maldad, embuste y bellaquería.*

Justamente por delante está el problema del origen del mal sobre el que tanto Leibniz reflexionó y en su momento tanto mortificó a Descartes quedando desde entonces encendido el horno de la duda de si el mundo está gobernado por el mal, por un genio del mal o por Dios. Con los encantadores de Cervantes acompañando a don Quijote reaparece esa pregunta y las

motivaciones en la cadena causal. Y aunque la racionalidad científica no se interesa por ese asunto y poco tiene que decir al respecto, en cambio, por el lado de las humanidades, el lenguaje y el arte con El Quijote se han profundizado los ámbitos de comprensión del hombre consigo mismo, con el otro, con las esferas del poder y con el mundo. Ojerizas y protecciones de los *encantadores* hacia don Quijote o de los *rústicos dioses* hacia otros héroes no son sino formas y manifestaciones que aluden desde la antigüedad al mismo problema. Aquí están – señala SCHUTZ – todos los elementos de la teología griega en la época de Homero: la envidia de los dioses, el favor a los protegidos, la lucha por el poder, y la sumisión inevitable. Sancho que no echa mano a supersticiones respecto a los encantadores, dice: *¡Oh canallas! ¡Oh encantadores aciagos y mal intencionados, quién os viera a todos ensartados por las agallas como sardinas en lercha! Mucho sabéis, mucho podéis y mucho más hacéis.*

Con el baciuelmo Cervantes establece un insólito juego entre palabras y percepciones; en la ecuación azotes = desencantamiento cifra un negocio que atañe ¡y de qué manera! a los dos andantes personajes; cuando menciona “la ley del encaje”⁸ asoma ironías y mete puyas en el mundo contradictorio de las normas jurídicas y las prácticas sociales imperante en la época; en la prueba entre piojos vs. línea equinoccial en la aventura del barco encantado pone a prueba la relación entre tres ámbitos, la realidad ordinaria, el mundo de la caballería y el rigor con los instrumentos de la ciencia. En las partes y en todo el conjunto Cervantes mediante la novela dejó diseminado aquello que más tarde los estudios experimentales llegaron a mostrar: que no existe algún dispositivo en el cerebro humano que permita distinguir o separar ensoñación y percepción, imaginación y realidad, vigilia y sueño, lo subjetivo de lo objetivo.

Estos son algunos ejemplos en ese género de arte y comprensión inventado por Cervantes. En las aventuras aparece una armazón progresiva y compleja, sofisticada y ascendente. Las transiciones o salidas ante los choquen de los sub-universos involucrados en la narración Cervantes las abre y cierra a placer, a voluntad en uno y otro episodio. Mucho se resuelve mediante el humor verbal y situacional lejos de explicaciones y artilugios apegados a los criterios de coherencia y correspondencia que sólo tienen cabida atendiendo el principio científico racional al mejor estilo peripatético, al estilo cartesiano, o aquel según el cual “sólo lo real es racional”.

Cervantes enlaza la parodia y la ambigüedad en el manejo y tratamiento sistemático del problema de la realidad: cuando don Quijote pregunta al mono adivino (II, XVII), y a la cabeza encantada (II, LXII) si aquello que vio en la cueva de Montesinos es sueño o verdad, imaginación o realidad, recibe la misma respuesta: una mezcla de ambas cosas. Más aun, con ocasión de la solitaria experiencia en dicha cueva, don Quijote pronuncia unas frases memorables: *ahora acabo de conocer que todos los contentos desta vida pasan como sombra y sueño...* Sin embargo, por un lado, la experiencia trascendental que la vida puede ser un sueño y por el otro, la experiencia ordinaria de que Sancho es capaz de mezclar la vida cotidiana con ensueños y embustes, ambos pensamientos comienzan a mellar la conciencia de don Quijote con

mucha aflicción en medio de los conflictos con la realidad cotidiana de otros y a ratos con Sancho. Además sigue latiendo en él la angustia y preocupación por el desencantamiento de Dulcinea.

En más de seis días no les sucedió cosa digna de contarse (II, LX). Estaban fuera del camino cuando llegó la noche y arrimado a un árbol Sancho en seguida se durmió. En cambio, a don Quijote le desvela su imaginación: ya le parecía hallarse en la cueva de Montesinos; ya ve brincar y subir sobre la pollina a Dulcinea convertida en labradora; ya resonaban en sus oídos las palabras del sabio Merlín acerca del desencanto de ella; pero Sancho ahí está... y de él depende tanto; sobre todo le desespera su flojera por los azotes. Estos pensamientos lo llenan de cólera y pesadumbre... hasta decirse *¿y si yo se los doy?* –pues lo importante es que él los reciba vengan de donde vengan.

Con esa intención se acerca a Sancho para azotarle con las riendas de Rocinante en la mano pero éste despierta preguntando, *qué es esto? quién me toca?* Era otro intento, el tercero, que don Quijote propicia buscando convencer a Sancho de los azotes.

–Yo soy –respondió don Quijote –, que vengo a suplir tus faltas y a remediar mis trabajos: véngote a azotar Sancho y a descargar en parte la deuda a que te obligaste. Dulcinea perece, tú vives en descuido, yo muero deseando, y así desatácate por tu voluntad, que la mía es darte en esta soledad por lo menos dos mil azotes.

–Eso no –dijo Sancho –: vuesa merced se esté quedo; si no, por Dios verdadero que nos han de oír los sordos. Los azotes a que yo me obligué han de ser voluntarios, y no por fuerza, y ahora no tengo ganas de azotarme; basta que doy a vuesa merced mi palabra de vapularme y mosquearme cuando en voluntad me viniere.

–No hay que dejarlo a tu cortesía, Sancho –dijo don Quijote –, porque eres duro de corazón, y aunque villano, blando de carnes.

De las palabras pasan a las manos hasta caer por tierra; Sancho arremete contra su amo le mete una zancadilla y lo sostiene contra el suelo, mano con mano, aguantando con su rodilla el pecho de don Quijote, quien le reclama:

– ¿Cómo, traidor? ¿Contra tu amo y señor natural te desmandas? ¿Con quién te da su pan te atreves?

–Ni quito rey ni pongo rey –respondió Sancho –, sino ayúdome a mí, que soy mi señor. Vuesa merced me prometa que se estará quedo y no tratará de azotarme por agora, que yo le dejaré libre y desembarazado; donde no, aquí morirás, traidor, enemigo de doña Sancha.

Prometióselo don Quijote, y juró por vida de sus pensamientos no tocarle en el pelo de la ropa, y que dejaría en toda su voluntad y albedrío el azotarse cuando quisiese.

La relación de don Quijote y Sancho ha estado resguardada gracias a la creencia mutua en la realidad del otro. Es la intuición de don Quijote y la simplicidad de Sancho en esa amistad indeclinable pese a los continuos desacuerdos sobre los azotes. Ante éstos, el andante caba-

llero sigue en vilo. Paciencia, parece decirse; mientras el andado escudero de nuevo baraja la ocasión y posterga la ejecución del negocio.

Ya habíamos mencionado datos sobre el conflicto psicológico y moral que viene agobiando a don Quijote, conflicto intenso tanto más cuanto continúa enfrentado, por un lado a realidades múltiples con distintas provincias de percepción; por el otro lado también enfrentado a las referencias, a las cambiantes imágenes de Dulcinea desde las diversas experiencias padecidas que se agolpan en la segunda parte de la obra: el descenso en la cueva de Montesinos, el embuste de Sancho, la orden del mago Merlín, la explosión de Clavileño, las preguntas al mono adivino y a la cabeza encantada. Con una hermosa frase, *Dulcinea perece, tú vives en descuido, yo muero deseando*, él confiesa con amor su tragedia revelando sus agobios a Sancho.

Sin embargo, en esta tercera ocasión don Quijote al insistir en los azotes aduce las leyes propias de la caballería, su mundo hermético. La deslealtad y el desagradecimiento sólo provienen de un traidor villano. Sólo quién es capaz – hoy se diría – de morder la mano a quien te da de comer. No es la primera vez que Cervantes al referir situaciones en las relaciones humanas advierte, y este es dato antropológico interesante, que ambos, el desagradecimiento y la deslealtad pueden ser considerados como gestos que conllevan daños a quien los manifiesta o hacia el otro. En cambio, a don Quijote lo ha adornado con un alto don y valor humano, la generosidad.

Sancho ante los reclamos de don Quijote se defiende manteniendo la misma tesitura. Argumenta con lógica y sentido que en nada desdican de su condición de escudero y con frases sobrecargadas de rancio sentido común se enfrenta a don Quijote. De manera densa y profunda Cervantes traza otra figura de Sancho. Con él aparece una expresión singular, tan humana como ejemplar dejando, como gusta hacerlo Cervantes, al lector sorprendido: “soy señor de mí mismo”. Resulta inevitable recordar el *daimon* que alentaba en el griego con voz interior aquel pensamiento, “conócete a ti mismo”. Porque Sancho, ante los argumentos del caballero, se defiende, se planta aquí y ahora y sostiene que no hay jerarquías, ni superioridad, ni sumisión; no quita ni pone rey alguno; si ante Dulcinea él es un traidor pues entonces también don Quijote es un enemigo ante doña Sancha; en cuanto a los azotes recuerda las condiciones iniciales establecidas, con el vapuleo irá el mosqueo a su voluntad y albedrío. A nuestro juicio, la progresiva transformación de cada uno de los personajes va mostrando sutiles relieves: don Quijote en su inexorable tragedia, Sancho Panza con la razón y la fuerza imbatible del sentido común.

En estos movimientos el calidoscopio muestra otra faceta de Sancho despojada de los trazos prosaicos y pedestres con los cuales algunos analistas intentan caracterizarlo porque los apegos triviales a ciertas modas de interpretación ofrecen una vara semejante para encasillar a don Quijote en la locura del heroísmo tanto más cuanto la cultura hispánica en su especificidad

histórica⁹ es segmentada y descontextualizada en la obra de su más alto hacedor de lenguaje y prosa.

El problema mayor del tratamiento de las realidades múltiples en general, y la concreción del mismo en el caso de los azotes vs. desencanto en particular, ambos niveles pueden ser examinados atendiendo la posición de otro personaje: se trata de un eclesiástico (II, XXXI). Más aun, Cervantes con extrema cautela y finísima habilidad pone a prueba en un contrapunto el tema religioso con diversos ingredientes aderezando el tratamiento de la autoridad y conciencia, de las creencias y posturas. Por un lado, para Sancho existen sobradas y obvias razones para cuestionar la relación entre azotaina, nalgas y desencanto; por otro lado, para este eclesiástico el rechazo hacia el asunto de los encantadores y encantamientos se articula con otro orden de ideas y con tonos grises de conciencia.

De él Cervantes traza un retrato de cuerpo entero: era uno de esos que gobiernan las casas de los príncipes; de esos que no nacen príncipes pero no aciertan a enseñar a quienes lo son; de esos que quieren la grandeza de los grandes aunque la miden con la estrechez de su ánimo; que son miserables cuando quieren mostrar a quienes gobiernan la medida. Uno de estos –dice el autor – debía de ser el religioso que llegó a visitar a los duques estando presentes don Quijote y Sancho.

Momentos antes Sancho había prometido a su amo coserse la boca o frenar la lengua. Sentados todos a la mesa Sancho pide licencia para contar un cuento que pasó en su pueblo. Don Quijote comienza a temblar y le previene con la mirada, Sancho entiende, y pide que no lo tengan por hablador mentiroso y gracioso. Maneja pausas y dilaciones para realzar y relatar su cuento, exacerbar la cólera de don Quijote, divertir a los duques y sobre todo disgustar al religioso cuando con malicia aunando el propósito del relato con el que tiene en mente consigue compararlo con un majagranzas. La duquesa entre risas cambia la conversación y pregunta a don Quijote si tiene alguna nueva sobre la señora Dulcinea. Llegando al tema, el eclesiástico oye hablar de gigantes, encantadores y malandrines y cae en cuenta que se trata de don Quijote de la Mancha. Por la lectura de sus aventuras, el duque había recibido muchas reprensiones de parte de ese religioso quien en seguida enojado las carga todas contra don Quijote. *Y vos, alma de cántaro ¿quién os ha encajado en el cerebro que sois caballero andante?*

A la respuesta del Quijote Cervantes dedica un largo capítulo aparte (II, XXXII). Es una extensa y profunda lección moral contra los vicios y obras de los religiosos de la época. Suponemos que El Quijote es la revelación de una actitud espiritual e intelectual hasta entonces desconocida y aun más desconcertante para quienes no poseen una visión próxima a la sensibilidad artística del genio creador. En algunas líneas se lee lo siguiente:

Unos van por el ancho campo de la ambición soberbia, otros por el de la adulación servil y baja, otros por el de la hipocresía engañosa, y algunos por el de la verdadera religión; pero yo, inclinado a mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio des-

precio la hacienda, pero no la honra. Mis intenciones siempre las enderezo a buenos fines, que son de hacer bien a todos y mal a ninguno.

Además de las agudas y fuertes expresiones de don Quijote hacia ese tipo de religioso, que ciertamente abunda en la época de Cervantes, en este capítulo también se encuentran otros dos textos ilustrativos del problema que nos ocupa. Ellos atañen a Dulcinea y a Sancho e interesan por cuanto permiten remover hacia delante y hacia atrás la trama y el urdido en el tejido azotes vs. desencanto.

Respecto a las preguntas de la duquesa sobre Dulcinea, si ella es de este mundo o si es una dama fantástica y otras cuestiones anejas, veamos algunas respuestas de don Quijote. La primera es brillante, tan conmovedora como inteligente y supera con su audacia lógica las paradojas que discuten los teóricos en las academias; los otros pasajes aluden al mundo de don Quijote y la orden de la caballería andante. Veamos.

–En eso hay mucho que decir –respondió don Quijote –. Dios sabe si hay Dulcinea o no en el mundo, o si es fantástica o no es fantástica; y éstas no son de las cosas cuya averiguación se ha de llevar hasta el cabo.

–Que todas o las más cosas que a mí me suceden van fuera de los términos ordinarios de las que a los otros caballeros andantes acontecen.

–Otras muchas veces lo he dicho y ahora lo vuelvo a decir: que el caballero andante sin dama es como el árbol sin hojas, el edificio sin cimiento, y la sombra sin cuerpo de quien se cause.

–Pues yo no estoy encantado, ni lo puedo estar, según buen discurso, ella es la encantada, la ofendida y la mudada, trocada y trastocada, y en ella se han vengado de mí mis enemigos.

Respecto a Sancho su escudero, don Quijote no escatima reconocimientos. Calificativos y dones van de la mano en la descripción que de él traza. Los afectos y oficios compartidos dan señas de un mundo de significados sustentados en una relación interpersonal sin par. Hacia los duques que exhiben modos y gustos sociales de alcurnia, don Quijote dice: *Sancho Panza es uno de los más graciosos escuderos que jamás sirvió a caballero andante; tiene a veces unas simplicidades tan agudas, que el pensar si es simple o agudo causa no pequeño contento: tiene malicias que lo condenan por bellaco, y descuidos que lo confirman por bobo; duda de todo y créelo todo; cuando pienso que se va a despeñar de tonto, sale con unas discreciones que lo levantan al cielo. Yo no lo trocaría por otro escudero, aunque me diesen de añadidura una ciudad.*

De su parte, Sancho frente a su compañero de trabajo y compadre al referirse a don Quijote comenta: *No tiene nada de bellaco, antes tiene una alma como un cántaro: no sabe hacer mal a nadie, sino bien a todos, ni tiene malicia alguna y un niño le hará entender que es de noche en la mitad del día, y por esta sencillez le quiero como a las telas de mi corazón, y no me amaño a dejarle, por más disparates que haga.*

En el capítulo LXII encontramos a ambos personajes en la aventura con la cabeza encantada y otras niñerías. Es la ocasión de preguntar a esa máquina poniendo a prueba *el busilis del encanto* con ciertas experiencias. A todos los presentes, *la cabeza sabia, cabeza habladora, cabeza respondona y admirable cabeza* responde preguntas (menos los viernes cuando permanece muda). Así como en cierta ocasión ante el mono adivino, don Quijote ahora pregunta a la cabeza encantada acerca de la verdad entre realidad y sueño y otros asuntos que ocupan su pensamiento; a su turno don Quijote pregunta:

–Dime tú, el que respondes: ¿fue verdad o fue sueño lo que yo cuento que me pasó en la cueva de Montesinos? ¿Serán ciertos los azotes de Sancho mi escudero? ¿Tendrá efecto el desencanto de Dulcinea?

–A lo de la cueva –respondieron – hay mucho que decir: de todo tiene; los azotes de Sancho irán despacio; el desencanto de Dulcinea llegará a debida ejecución.

Ante otros interlocutores don Quijote es muy listo pero no llega a establecer una verdadera comunicación social; para los zarandeos y preguntas de los duques él siempre tiene respuestas atinadas y complicadas. Resulta interesante y paradójico que a lo largo de toda la obra don Quijote únicamente pregunta al mono adivino y a la cabeza encantada acerca de la verdad entre sueño, imaginación y realidad, de su experiencia en la cueva. Y ambos artificios responden lo mismo en una evanescente fuga: es una mezcla de ambas cosas. Don Quijote comienza a dudar de su propia experiencia en la cueva, a dudar de su propia identidad y a flaquear en su fe por Dulcinea.

Frente a las playas de Barcelona visitan unas galeras (II, LXIII). Sancho se asombra viendo mover tantos remos y bultos y crece su miedo cuando ve al capitán azotando y mosqueando las desnudas espaldas de los galeotes. Por cuarta vez intenta don Quijote convencer a Sancho que comience su azotaina; y mientras sigue la atención y la mirada de él, aprovecha para decirle:

¡Ah Sancho amigo, y con que brevedad y cuán a poca costa os podíades vos, si quisiédes, desnudar de medio cuerpo arriba, y poner os entre estos señores, y acabar con el desencanto de Dulcinea! Pues con la miseria y pena de tantos no sentiríades vos mucho la vuestra; y más que podría ser que el sabio Merlín tomase en cuenta cada azote déstos, por ser dados de buena mano, por diez de los que vos finalmente os habéis de dar.

Esta vez Sancho no tiene tiempo siquiera de responder. Las nuevas y señas de un marino al capitán dan otro rumbo a las maniobras entre las tres galeras y la capitana. Más adelante en la narración viene la incomparable lucha y batalla entre don Quijote y el caballero de la Blanca Luna. Tras un fuerte golpe de lanza, el héroe cae por tierra; derrotado, molido y aturdido lo llevan a la ciudad en silla de manos. *Si muchos pensamientos fatigaban a don Quijote antes de ser derribado, muchos más le fatigaron después de caído.*

Ya en páginas anteriores señalamos las circunstancias que afectan sus pensamientos y atraviesan su espíritu y corazón hasta debilitarlo demarcando la pendiente inexorable de su mundo hacia el clímax de su tragedia personal. En semejante trayectoria, el problema azotes vs. desencanto nos permite aquí y allá seguir las facetas cambiantes en la relación de amistad entre los dos principales entes literarios de Cervantes. Luego de la mencionada derrota a partir del capítulo LVIII sobrevienen los cambios y decisiones trascendentes en el curso del inminente declive de don Quijote y la finalización de la obra.

A estas alturas de la narración no es casual –dice mi maestro que nada es casual, nada falta, nada sobra en las grandes obras de creadores clásicos como Cervantes, Dante y Shakespeare – que con ocasión de la evolución de los personajes, Cervantes amplía la comprensión de la existencia y condición humana incorporando en la plática y por el lado de Sancho el tema de la Fortuna: *una mujer borracha y antojadiza y sobre todo ciega y así no ve lo que hace, ni sabe a quién derriba ni a quién ensalza. Por el otro lado, Cervantes revela sobre el tema una variante matizada con el apasionado y vital individualismo que ha plasmado en don Quijote: Muy filósofo estás Sancho, muy a lo discreto hablas: no sé quien te lo enseña. Que cada uno es artífice de su ventura. Yo lo he sido de la mía. Atrevíme en fin, hice lo que pude, derribáronme, y aunque perdí la honra, no perdí ni puedo perder la virtud de cumplir mi palabra.*

Lo acosan dos pensamientos: el desencanto de Dulcinea y la vida que habría de llevar en forzada retirada de la orden de la caballería durante un año luego de la derrota frente al de la Blanca Luna. Respecto a esa nueva vida piensa convertirse en pastor de ovejas con un nuevo nombre, Quijotiz y Sancho también pastor, se llamaría Pancino. Pero más puede la ilusión de los azotes y vuelve a insistir por quinta vez. En esta ocasión con ruegos y súplicas, porque en sus pensamientos amorosos padece por Dulcinea, a quien tú Sancho tanto ...*agravias con la remisión que tienes en azotarte y en castigar esas carnes que quieren guardarse antes para los gusanos que para el remedio de aquella pobre señora.*

–Señor –respondió Sancho –, si va a decir la verdad, yo no me puedo persuadir que los azotes de mis posaderas tengan que ver con los desencantos de los encantados, que es como si dijésemos “Si os duele la cabeza, untaos las rodillas”. A lo menos yo osaré jurar que en cuantas historias vuesa merced ha leído que tratan de la andante caballería no ha visto algún desencantado por azotes; pero por sí o por no yo me los daré, cuando tenga gana y el tiempo me dé comodidad para castigarme.

Razonada, sensata y concluyente luce la respuesta de Sancho siempre mohíno ante los azotes. Por un lado, argumenta desde la razón del sentido común y para mayor claridad compara el absurdo con un refrán¹⁰ tan a propósito como anillo al dedo; y por otro lado, refuta la cuestión a nivel inmanente, dentro de los marcos e historias del mundo de la caballería no sin antes anteponer juramento como ha de ser, en el mundo de los caballeros, en el lenguaje de vuesa merced... finalmente reafirma las condiciones personales antes acordadas en resguardo

de su voluntad y sus nalgas. Al cabo de esa defensa de Sancho, don Quijote responde, *Dios lo haga...*

Al examinar este pasaje desde el lenguaje de Sancho vale la pena agregar un asunto que aparece en el capítulo en comento. Conversando con don Quijote y en medio de una sarta de refranes llega a decir *hay pastores más maliciosos que simples*. Aquí encontramos un filón en el tesoro de sentidos que Cervantes no cesa de incorporar y recrear hasta hacer hoy inmarcesibles los usos en la lengua castellana. Si Sancho repetidas veces ha sido caracterizado y muy apreciado gracias a su simplicidad (y no a su discreción) pareciera que por contraste tal cualidad guarda distancia con la malicia. Más aun, de alguna manera el desenlace del negocio de los azotes comienza a aproximarse tanto más cuanto Sancho va dejando algo de la simplicidad que adorna su entereza.

Era de noche oscura, don Quijote había dormido su primer sueño permaneciendo en vela, mientras Sancho dormía de largas de la noche a la mañana mostrando *su buena complexión y pocos cuidados* (II, LXVIII). Viéndole así don Quijote vuelve con vehemencia a la carga por sexta vez para reclamarle la azotaina. Se entabla entre ambos una discusión agria que encoleriza al caballero. Cabe pensar que si a don Quijote lo embarga tanta angustia Cervantes esta vez plantea con otros tonos y figuras el contrapunto. Conviene pues transcribir buena parte de la disputa. Como en otras ocasiones es don Quijote quien la propicia, y le dice a Sancho:

—Yo velo cuando tú duermes, y lloro cuando cantas, yo me desmayo de ayuno cuando tú estás perezoso y desalentado de puro harto. Mira la serenidad de esta noche, la soledad en que estamos que nos convida a entremeter alguna vigilia entre nuestro sueño. Levántate, por tu vida, y desvíate algún trecho de aquí, y con buen ánimo y denuedo agradecido date trescientos o cuatrocientos azotes a buena cuenta del desencanto de Dulcinea; y esto te lo suplico, que no quiero venir contigo a los brazos como la otra vez, porque sé que los tienes pesados.

—Señor —respondió Sancho—, no soy yo religioso para que desde la mitad de mi sueño me levante y me discipline, ni menos me parece que del extremo del dolor de los azotes se pueda pasar al de la música. Vuesa merced me deje dormir y no me apriete en lo de azotarme, que me hará hacer juramento de no tocarme jamás al pelo del sayo, no que al de mis carnes.

—¡Oh alma endurecida! ¡Oh escudero sin piedad! ¡Oh pan mal empleado y mercedes mal consideradas las que te he hecho y pienso de hacerte! Por mi te has visto gobernador, y por mi te vees con esperanzas propincuas de ser conde o tener otro título equivalente, y no tardará el cumplimiento de ellas más de cuanto tarde en pasar este año, que yo *post tenebras spero lucem*.¹¹

—No entiendo eso —replicó Sancho—; sólo entiendo que en tanto duermo, ni tengo temor ni esperanza, ni trabajo, ni gloria; y bien haya el que inventó el sueño, capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar que quita el hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frío, frío que templará el ardor, y finalmente moneda general con que todas las cosas se compran, balanza y peso que iguala al pastor con el rey y al simple con el discreto. Sólo una cosa tiene mala el sueño, según he oído decir, y es que se parece a la muerte, pues de un dormido a un muerto hay muy poca diferencia.

En estos pasajes ciertos contenidos parecen concluyentes. A cada argumento y apremio de don Quijote, Sancho responde manteniendo la misma tesitura en voz y disposición; incluso se defiende sin devolver amenazas. Nuevamente Sancho pica y se extiende en respuestas casi inesperadas para don Quijote y hasta discute como un filósofo. Él que antes había incorporado el tema de la Fortuna, esta vez discurre acerca del sueño en términos que recuerdan el tema de Segismundo en “La vida es sueño”. Al cabo, don Quijote pareciera que ya no puede con él: por la agudeza de sus respuestas; porque se va agotando su paciencia y vehemencia; porque Sancho continua mohíno sin siquiera con una pequeña porción de azotes encima. Otra posibilidad se asoma en la narración como sucedió en otro intento anterior: Cervantes de pronto incorpora un evento: esta vez el estruendo producido por seiscientos puercos que alguien lleva a una feria. Sin entender qué acontece don Quijote echa mano a su espada y Sancho rápido se agazapa debajo del rucio. Vuelve a quedar pendiente el inicio o cumplimiento de los azotes.

Estaba don Quijote bajo un árbol en un camino cuando llegan diez hombres a caballo con lanzas; junto con Sancho lo llevan a empujones hasta un castillo (II, LXIX). Allí los duques habían preparado otra de sus bromas fingidas: un teatro o tablado con las figuras de Minos y Radamanto delante de un cuerpo muerto de una doncella no muerta. Ambos jueces infernales traman escenas y discursos contra Sancho revestido bajo amenazas con la ropa de los penitenciados por el Santo Oficio. Radamanto interviene para sentenciar que todos los presentes acudan a sellar *el rostro de Sancho con veinte y cuatro mamonas¹², doce pellizcos y seis alfilerazos en brazos y lomos* a fin de devolver con esa ceremonia la salud a la doncella. Sancho no aguanta oír todo esto y dice:

¡Voto a tal, así me deje yo sellar el rostro ni manosearme la cara como volverme moro! ¡Cuerpo de mí! ¿Qué tiene que ver manosearme el rostro con la resurrección desta doncella? Encantan a Dulcinea y azótanme para que se desencante; muérese Altisidora, y hanla de resucitar hacerme a mí veinte y cuatro mamonas, y a cribarme el cuerpo a alfilerazos, y a acardenalarme los brazos a pellizcos.

–Morirás –dijo en alta voz Radamanto –. Ablándate, tigre; sufre y calla que no te piden imposibles. Y no te metas en averiguar las dificultades deste negocio: mamonado has de ser, acribillado te has de ver, pellizcado has de gemir.

Las mujeres presentes se encargan de ablandar y someter a Sancho a los martirios. Al punto, la tal Altisidora cansada, incómoda en el túbulo comenzó a moverse. Esto dobla la admiración y colma el asombro de don Quijote quien de rodillas se postra delante de Sancho y ruega por séptima vez diciendo: *Agora es tiempo, hijo de mis entrañas, no que escudero mío, que te des algunos de los azotes que estás obligado a dar por el desencanto de Dulcinea.*

Sancho enseguida responde al caballero con una sarta de refranes a todo propósito y se queja que lo tomen como diversión en enredo tras enredo; más tarde inquiere y recrimina a Altisidora. De su parte don Quijote mantiene la opinión que ella volvió de la muerte a la vida gracias a la virtud y cura de Sancho, a pesar que ella en voz baja llegó a decirle: *Todas estas ma-*

las andanzas te suceden empedernido caballero por el pecado de tu dureza y pertinacia; y plega a Dios que se le olvide a Sancho tu escudero el azotarse, porque nunca salga de su encanto esta tan amada tuya Dulcinea, ni tú la goces, ni llegues a tálamo con ella, a lo menos viviendo yo, que te adoro. Ante tal declaración, don Quijote sólo suspira. Las pesadas bromas de los duques le valieron cinco días de encerramiento y cama. Más tarde él y Sancho dejan el castillo ducal para retornar finalmente a la aldea natal.

Respecto al negocio de los azotes resulta curioso que es en el último jalón de la larga trayectoria de intentos cuando don Quijote presencia engañado la gracia y virtud de Sancho para lograr un desencantamiento; además todo sucede en presencia de otras personas que también participan en la broma. Ante semejante prueba, él reafirma su creencia que sí existe relación directa e inmediata entre azotes y desencanto; incluso que Merlín no miente, más bien como encantador benéfico interviene y protege bajo promesa la figura de Dulcinea. Cuando vencido como caballero siente que su corazón padece y su esperanza por el desencanto se debilita, entonces sobreviene y a expensas de otra broma, una pausa: la recuperación en la fe de los azotes y el desencanto. Sin embargo, todo continúa dependiendo de Sancho.

La comunicación entre ambos personajes sigue fuertemente sostenida en la creencia y la identidad esencial de la experiencia inter-subjetiva en la realidad del uno con el otro. Así se comprende que el negocio de los azotes sigue en pie tanto más si Sancho logra postergarlo con salidas propias de un escéptico ya bien entrenado: suspicacia, prevención, reserva, desconfianza, aprehensión. Tampoco se ha cerrado porque Sancho ha descubierto, desde muy atrás y en las andanzas, que tiene que aceptar el esquema de los encantamientos para poder comunicarse con don Quijote. En esta ocasión no riñen, ni intercambian insultos como en las precedentes; más bien don Quijote ruega por los azotes no al escudero sino al hijo de sus entrañas.

Desde la sociología y antropología se argumenta que los significantes preceden a los significados; que las relaciones sociales con sus intercambios y reciprocidades pautan la vida humana en sociedad y en esas dinámicas interpersonales los objetos o cosas alcanzan inserción y valor. En el caso que nos ocupa la relación entre los señeros personajes presenta formas acabadas pues la amistad preside toda acción e impera en cada aventura. Venimos mostrando que el significado de los azotes en su sentido, propósito e importancia ha de rastrearse al interior de la relación entre ambos personajes y que en su dilatado despliegue se vislumbran las particulares provincias de la realidad de cada uno.

Con Sancho aparece el total realismo de la vida cotidiana y como personaje encarna un pueblo y una cultura toda. Las condiciones materiales que sostienen su quehacer y pensar son las mismas del común de la gente. Con su sentido práctico, gustos, intereses y satisfacciones exhibe contrastes personales extremos respecto al caballero. Aunque ambos privilegian por encima de todo el valor de la amistad no es menos cierto que en la escala de Sancho el asno

aparece en seguida y luego la ínsula, comida, sueño y dinero. El significado y sentido que estas cosas tienen se aprecian siguiendo los refranes y expresiones que él emplea. Entre Sancho y su asno se establece una franca y total empatía; cuando caen en una profunda cueva Sancho le promete una corona de laurel en la cabeza que parezca *un laureado poeta* y doble ración de alimento; otro dato curioso: en dos ocasiones pone al rucio como testigo para advertir que no está metiendo embustes. *Iba Sancho Panza sobre su jumento como un patriarca con sus alforjas y su bota, y con mucho deseo de verse gobernador de la ínsula... que es bueno mandar aunque sea un hato de ganado. Sobre eso de gobernar don Quijote le da lecciones y consejos de manera que Sancho abandona Barataria diciendo, desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano.* Esta es una frase aleccionadora, realista y convincente. Cervantes sobre la marcha de la narración con habilidad asoma sus puyas sobre los males que el ejercicio del poder suele deparar a muchos. La estrechez de la andante caballería y el mal comer entre selvas y montes no son del agrado de Sancho y menos cuando recuerda la abundancia de las ollas con sus olores y sabores en los castillos que han visitado; incluso le pregunta a don Quijote si la orden de la caballería establece *no comer pan a manteles ni con la reina folgar...* En los encuentros con otro escudero es cuando Sancho da mejores señas de su locuacidad sobre ciertos deleites e intereses; da la impresión que precisamente en esas ocasiones Cervantes incorpora algunas locuciones ilustrando el juego de usos y sentidos propios del lenguaje popular. Son expresiones que sirven para alabar, admirar u ofender. Sancho y su compadre Tomé Cecial conversan de sus respectivos oficios y amos, mujeres e hijos, comparten una gran bota de vino y una empanada de media vara; cuando Sancho empina la bota, bebe y mira estrellas durante un rato, exclama sobre el vino: *¡Oh hideputa bellaco y cómo es católico!*

Sancho desde las primeras andanzas le pregunta a don Quijote por el salario de los escuderos; insiste en saber, si no llegase el tiempo de las mercedes, cuánto es y para cuándo sería; si el salario es por día o es por mes pues el amor a su mujer e hijos le hace parecer interesado; la promesa de una ínsula para gobernar compensa e incluso desplaza ese interés por el dinero que *es el mejor cimiento y zanja del mundo.* Alguna vez Sancho recuerda la alternancia entre la abundancia y la escasez de las cosas materiales y se duerme tranquilo diciendo, *no es posible que sea siempre de día y siempre de noche...*

Hemos visto cómo Sancho con el don de su simplicidad ha logrado esquivar la disciplina de los azotes. Siete veces ha intentado don Quijote al menos convencerle que empiece la cuenta o azotaina estipulada por Merlín y otras tantas Sancho se escapa, se sale con la suya. Esa larga trayectoria Cervantes la sostiene alternando en cada circunstancia el absurdo con el juego, el humor con la carcajada manteniendo al lector en vilo hasta el desenlace. En seguida veremos que éste coincide con el retorno de ellos a la aldea y con los últimos capítulos de la obra. A la espera de azotes y desencanto, gracias a una sabia mixtura entre tragedia y comedia, ha ido trazando todo un divertimento donde el humor ¹³ queda como lección de vida inmarcesible en algún lector.

DESENLACE

Retornando al negocio de los azotes (capítulo LXXI) arriba comentamos cómo iba don Quijote triste pues se sentía vencido pero también iba alegre al recordar la virtud de Sancho cuando logró la resurrección de la doncella en el palacio ducal; por su parte Sancho se viene quejando puesto que esa salud, ella la había recobrado a expensas de su sangre y martirio, no le entrega las camisas prometidas y encima no recibe siquiera un ardite¹⁴.

Andando van conversando, se escuchan y se comprenden mutuamente. Es otro nivel de ficción donde los personajes transforman los hechos al tiempo que son transformados por ellos y es el empleado por Cervantes en el tratamiento entrañable y delicado al final de su obra. En particular, el desenlace del problema de los azotes recoge en un momento clímax todas las energías cómicas y trágicas que han acompañado y caracterizado a Sancho y don Quijote respectivamente tanto más cuanto en la obra la mezcla de ambos géneros adquiere al final dimensiones antropológicas de carácter universal.

En la obra el desenlace aparece en un capítulo relativamente breve pero denso en intenciones, acciones y significados (II, LXXI). Intentamos examinar ese final con elementos reveladores diferenciando dos momentos; el primero, refiere los cambios acordados en las condiciones de los azotes; en el otro, revisamos su cumplimiento.

Don Quijote para abordar el negocio pendiente, esta vez, decide encararlo de otra manera dando lugar a un diálogo muy distinto, a un intercambio razonado con Sancho a fin de lograr su cometido. Oyendo las quejas de él porque no recibió en el castillo y de nadie siquiera un ardite, llega a decirle: *Mira Sancho, si quieres azótate y págate de contado y de tu propia mano pues tienes dineros míos.* Ante tal ofrecimiento, nunca antes asomado, Sancho reacciona, abre sus ojos y oídos de un palmo y por fin y de veras da consentimiento a su corazón porque el amor de los hijos y la mujer hace levantar su interés, y pregunta *¿cuánto me dará por cada azote que me diere?* Para don Quijote, ni los tesoros de Venecia ni las minas del Potosí son suficientes para pagarle y pide a Sancho que ponga un precio. En seguida sacó cuentas y más cuentas sin equivocarse, multiplicando cada azote por medio real, luego por real entero, calculando que iba a entrar rico a su casa aunque bien azotado. *¡Oh Sancho bendito! ¡Oh Sancho amable! Cuando quieres comenzar la disciplina que porque la abrevies te añado cien reales.* Y Sancho replica, *esta noche sin falta, a campo abierto yo me abriré las carnes.*

Así como sucede a los enamorados que jamás ajustan la cuenta de sus deseos así sentía don Quijote esa noche sus ansias volar. Cenaron bien y descansaron mejor bajo los árboles. Sancho preparó con el cabestro del rucio un poderoso corbacho y se retiró a cierta distancia; viéndole don Quijote, le dice, que no se haga pedazos, que no se dé tan recio que le falte la vida antes de llegar al número deseado; mientras, él llevará el rosario de la cuenta. Y San-

cho contesta, *al buen pagador no le duelen prendas, que sin matarme me duela, que en esto debe consistir la sustancia deste milagro.*

Se desnudó de medio cuerpo arriba, comenzó a azotarse y don Quijote a distancia llevaba la cuenta. No se había propinado sino unos seis u ocho azotes cuando le pareció muy barato el precio y pide aumentarlo. Don Quijote le ruega no desmayar puesto que acepta doblar el precio, y oyendo esto Sancho agrega, *pues que lluevan azotes...*

Hasta el último momento Sancho va reconsiderando la cuantía y proporción de los daños estimando poco a poco el provecho a extraer de la disciplina. Su sentido práctico y sensible va adherido a la decisión y acción juntas en movimiento. Con tal disposición tan ágil como hábil la clave de la resolución para sí mismo y hacia don Quijote aparece cuando Cervantes comienza a cerrar el negocio de los azotes con estas palabras: *le pareció ser pesada la burla y muy barato el precio.*

Aquí y ahora para Sancho todo queda arreglado, compensado y resuelto. Siendo así, estimamos lo siguiente: él se transforma de sujeto paciente dolido a sujeto agente enriquecido; cuanto más pesada es la burla más alto es el precio medido con la vara, sensibilidad y sentido común de Sancho; la anterior ecuación, azotes por desencanto, queda de inmediato alterada por esta otra, burla por precio; el daño ha de ser directamente proporcional al provecho y si la burla va a tono con la oportunidad el precio sube en cantidad.

Ser pesada la burla... ¿Cuál burla? ¿Cuál de tantas? ¿Las que preparó la duquesa en el castillo a don Quijote? ¿Aquella cuando trajo la figura de Merlín y Dulcinea? Cabe recordar estas posibilidades en sus pormenores. Con la frase en clave *le pareció ser pesada la burla y muy barato el precio* Cervantes se refiere ciertamente a Sancho cuando él se interesa de más en más por el precio. Pero entonces entran otras posibilidades, o bien Sancho está convencido que es una burla que comenzó desde atrás con la orden de Merlín que a su vez también era una burla fingida, o bien él se va convenciendo con unos pocos azotes que puede continuar hacia delante con la burla que tiene en mente...

En medio de estas, encontramos a Sancho en el momento cabal del desenlace: él decide continuar con los azotes no ya sobre sus espaldas sino golpeando el tronco de los árboles... los golpeaba con tanta fuerza y denuedo soltando suspiros y lamentos como si estuviese arrancándose el alma a pedazos que llegó a pelar la corteza de muchos, muchos árboles.

Cervantes al relatar todo esto llama a Sancho *socarrón*. Quizás más de un lector se ha inclinado a recordar, entre carcajadas y compasión, la larga lista de insultos merecidos que don Quijote con aspereza no ha cesado de propinarle. Y si Sancho fingía arrancarse el alma a pedazos, don Quijote con cuánta gravedad se enternece y contiene sus temores oyendo la tanda de azotes, al punto que le ruega detener el negocio. *No, no señor, responde Sancho, que no se ha de decir por mí, "a dineros pagados, brazos quebrados". Apártese vuesa merced otro poco y déjeme dar otros mil azotes siquiera.*

Insiste don Quijote con más gravedad pues siente la vida de Sancho en grave peligro y por ende el sustento de sus hijos y le ruega suspender la disciplina; que para Dulcinea vendrá una mejor ocasión; que él se dispondrá a someter su ímpetu, a postergar su esperanza. Sólo así Sancho detiene su esforzada tarea, sudando, sensiblemente agotado.

Don Quijote conmovido se quita la ropa, se queda en pelota y abriga con ella a Sancho quien durmió de largo hasta el otro día... cuando don Quijote vuelve de nuevo a la carga y le pregunta si proseguirá con la otra tanda, si será bajo techo o a cielo abierto. Acuerdan completar el número deseado cuando lleguen a la aldea natal. Sin embargo, luego Sancho añade que desea concluir aquel negocio y con mayor brevedad, *a sangre caliente y cuando estaba picado el molino, porque en la tardanza suele estar muchas veces el peligro, y a Dios rogando y con el mazo dando, que más valía un "toma" que dos "te daré", y el pájaro en la mano que el buitre volando...*

Llegó la noche, Sancho se apartó y volvió a cumplir su penitencia de sangre con la misma maña y el modo artero empleado. El engañado don Quijote no perdió la cuenta y sumando estimó tres mil veintinueve azotes. Al amanecer, dice Cervantes, el sol parecía madrugarse para alumbrar el sacrificio de Sancho.

Hemos de admirar que Cervantes al invocar el orto solar envuelve en un esplendor el rito final de los azotes, cierra el desencanto de la dama y abre el de don Quijote... Mientras el desencanto de Dulcinea ha fallado el suyo sí llega por completo y de manera radical tocando todo lo esencial y existencial del caballero andante en aquel lugar de la Mancha donde había salido antaño.

Hogaño llegando a su aldea don Quijote que no ha visto en el camino mujer alguna ni tampoco se topa con ninguna Dulcinea desencantada comienza a percibir a su alrededor señas y malos agüeros. El desencanto de don Quijote es un inmenso proceso de desilusión, el definitivo desmoronamiento de su realidad, el final de su mundo de caballero. Don Quijote pierde toda su vitalidad y su fe en el principio fundamental de su metafísica y cosmografía. Se convence que no es un héroe, que no hay héroes. En el choque final con las realidades cotidianas él tuvo que elegir: *Ya yo no soy don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, el bueno. Ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño.*

Sancho regresa a su casa, a su mujer e hijos. Trae al rucio adornado con túnica bocacá y coraza en la cabeza; llega contando maravillas de sus días y aventuras y con mucho dinero obtenido no por milagro sino por su industria, sin daño a nadie.

Por delante, para nosotros queda reservado entre suelo y cielo un futuro abierto e incierto y pendiente la significación de la cordura y de la locura. Respecto a otros asuntos recobra plena vigencia para el pensamiento científico – tecnológico, tan ayuno de literatura clásica, de humanidad/es, un problema que Cervantes tenía en mente y en la novela con sutileza desplegó: el descubrimiento de las diversas y complejas facetas del ser humano frente a las opera-

ciones lógicas en el tratamiento de las realidades múltiples. Hoy se trata de las nuevas interrogantes acerca de la posibilidad de conocer. Mientras, retorna la inacabada reflexión socio-antropológica acerca de la tensión dolorosa entre la permanencia del mundo social y la fragilidad irremediable del ser individual.

Mérida, Semana Santa, 2005.

¹ Miguel de Cervantes y Saavedra, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Editorial Trillas, México, 1993. Esta edición reproduce el texto de las ediciones príncipe de 1605 y 1615 respectivamente, y las notas al texto cervantino que para la edición de la Editorial Séneca, México 1941, redactó Agustín Millares Carlo.

² Siguiendo esta edición hemos aprovechado las abundantes y minuciosas notas de todo género que aparecen al final del libro y que tanto ayudan al lector hoy en día.

³ SCHUTZ, Alfred, (1955), *Don Quijote y el problema de la realidad*, Revista *Diánoia*, Año 1, N° 1, pgs. 312-330.

⁴ *Tarde piache*, expresión que en el lenguaje popular se mantiene así, *tarde piaste pajarito*. En las notas al final del libro se comenta su uso cuando alguien llega o acude tarde. Se cuenta que así dijo al tragarse un huevo empollado cierto soldado que lo había hurtado.

⁵ Estas frases aluden a un proverbio derivado de la pena de azotes que se aplicaba al reo exhibiéndolo sobre un pollino por las calles.

⁶ En este sentido, el capítulo XX, primera parte, trae varios asuntos medulares e interesantes. Al relatar la aventura de los batanes Cervantes intercala un asombroso juego de palabras tales como risa y miedo, temor y burla, oír la verdad, ver la verdad, prueba y miedo, todo lo cual suscita interrogantes acerca de la relación verdad y realidad; en el cuento de Sancho sobre del pescador, el pastor y las cabras, se dice, *ten-ga vuesa merced cuenta de las cabras que el pescador va pasando porque si se pierde una de la memoria, se acabará el cuento*.

⁷ Se ha conjeturado que Cervantes quería escribir, *empreñada* en lugar de *en priesa*.

⁸ “La ley del encaje”: alude a las resoluciones que un juez toma a conveniencia, discreción o capricho, según se le ha encajado en la cabeza aquello que las normas jurídicas disponen. Esa frase expresa y condensa formas y prácticas sociales de inmenso provecho heurístico. Por ejemplo, imaginar hoy, en Venezuela relaciones entre la ley del encaje, la ley del bolsillo, la ley del bochinche, la ley de tierras; entre los jueces y la justicia; entre la corrupción y la impunidad.

⁹ A diferencia de otras naciones de Europa y desde la Edad Media, sólo en España acaecen procesos histórico-culturales que alcanzan a acrisolar una especificidad: el choque de dos religiones monoteístas, el encuentro de lenguas y dialectos, y la ocupación del territorio por ocho siglos. Respecto a la expansión hacia América, Briceño Guerrero sostiene que el encuentro con América fue más importante que el viaje a la luna, éste no cambió la cosmología, ni la física ni la antropología, aquél sí. Cfr. Briceño Guerrero, J. M., (1994), *El laberinto de los tres minotauros*, Monte Ávila Editores, Caracas.

¹⁰ En la lengua y tradición castellana, hasta hoy día, son tan innumerables como agudos y sentenciosos los refranes que provienen de la obra de Cervantes; ellos siguen siendo de uso corriente y provecho como enseñanza y explicación.

¹¹ Palabras del Libro de Job: *Después de las tinieblas espero la luz*.

¹² Hacer *mamonas*, es manosear la cara de alguien, remedando y burlando las caricias que se hacen a los niños cuando maman; sellar *mamonas* pudiera ser una burla semejante, con movimientos más fuertes y toscos en las manos de quien dirige la maniobra.

¹³ Ya desde 1615 en la publicación de la segunda parte de *El Quijote* aparecen unas páginas de dedicatoria y prólogo del propio Cervantes, escritas pocos meses antes de su muerte, y otras relativas a los cánones de la época en cuanto a aprobaciones. En una de éstas, se anota lo siguiente respecto a esa segunda parte: “...de honesta recreación y apacible divertimento que los antiguos juzgaron convenientes a sus repúblicas, pues aun la severa de los lacedemonios levantaron estatua a la risa y los de Tesalia le dedicaron fiestas”.

¹⁴ Antigua moneda castellana de poco valor. De allí la expresión, eso no vale un ardite...